

quirir alguna noticia cierta del paradero de unas personas, que tengo tan dentro del corazon, y que hoy son todo el objeto de mis amorosas inquietudes.

Esta fue la relacion que me hizo Don Manrique Medrano, de cuyos estraños y dolorosos sucesos tanto Don Abél como yo quedamos verdaderamente condolidos. Pero habiendole oido, que pensaba hacer el mismo viage que nosotros pensabamos hacer, tuvimos grandísimo gusto, y la mañana siguiente nos pusimos todos en camino, dirigiendonos á Trento, primera Ciudad de Italia por aquella parte.

CAPITULO XII.

Llegan á Trento Don Manrique, Don Abél y Scipion. Lo que vieron en aquella Ciudad, y relacion de las enormes maldades de Leonilde.

Luego que llegamos á Trento, salimos á ver las cosas mas raras de aquella Ciudad, que á la verdad son poquísimas; pero Don Abél tuvo gran gusto, quando vió conducir dos personas á cierto parage, para ser quemadas vivas. Miró con mucha atencion á una y á otra, ambas de diferente sexô, y en la muger reconoció á la

infelíz Leonilde, la qual aunque iba con los ojos baxos entre la turba de los que la conducian al suplicio, no mostraba estar muy acobardada á vista de una muerte tan terrible y tan vecina, como la que la estaba esperando. Preguntó entonces con curiosidad, ¿qué delitos habia cometido aquella pobre muger, que mereciesen una pena tan atroz? Informaronle de que habiendo muchos años que Leonilde habia llegado á Trento, en compañía de aquel mismo hombre, que ahora la iba acompañando al suplicio, vivia muy retirada en una casa, que habia alquilado á cierto ciudadano rico.

Ella (prosiguió el que informaba á Don Abél) no salia de casa sino para ir á la Iglesia, en la que estaba con una devocion, que edificaba á quantos la veían. Ninguno frequentaba su casa, cuya puerta solamente se abria á su compañero, que en el concepto de todos pasaba por su marido: el ciudadano, que era dueño de la casa, iba de mes á mes á cobrar el alquiler, y al instante se salia. Era este tal un hombre como de quarenta años, el qual por su desgracia se habia enamorado de una muchacha de quince años. Esta (sea el que quiera el motivo) por ningun caso queria corresponderle: crueldad que despedazaba el pobre corazon del miserable ciudadano, tanto, que viendole sus amigos consumido de tristeza y de melancolía, les causaba grandísima compasion. Un dia, que poseido enteramente de una negra hipocondría, fue á casa de

Leo-

Leonilde, le preguntó ésta cuál era la causa de aquella extraordinaria aflicción, que le salía á la cara, ofreciéndose si le merecía la satisfacción de confiársela, á poner en obra quanto podia y sabía para ayudarle. No crea usted (añadió ella) que le hago esta pregunta por curiosidad; soy una muger que no puedo ver sin grandísimo dolor las desgracias que suceden á los hombres, y mucho menos las que turban la quietud de los que son del mérito de Vmd. Tengo ciertos modos muy particulares para consolarlos, y sé ciertos rarísimos secretos para hacerlos felices á pesar de su mala estrella. Confieme Vmd. sinceramente todos sus trabajos, y esté cierto, que no le pesará. El buen hombre, pareciendole que nada iba á perder en contar todo lo que le estaba sucediendo en materia de amor, la confesó claramente su violentísima pasión, y quando llegó á contar la crueldad con que le trataba su querida, apenas acertaba á pronunciar las palabras, anegadas en un amarguísimo llanto. No se aflija Vmd. mas; le interrumpió la muger, que yo le empeño mi palabra, de que en menos de veinte dias será absoluto dueño de esa rapaza, que se muestra tan enemiga del amor. Yo misma la haré venir á esta vuestra casa, y aquí tendreis con ella una conversacion, que no os disgustará. En mucho empeño os meteis, la replicó el ciudadano; y si he de decir la verdad, nunca creeria yo que una muger tan devota como vos se quisiese entremeter en estas aventuras amorosas

sas. A esto respondió ella (cegandola sin duda la Divina Providencia, que la iba ya disponiendo al castigo que merecian sus maldades) respondió, vuelvo á decir, en la substancia siguiente: Quiero corresponder á la confianza que has hecho de mí, con la que voy á hacer de tí confiandote lo mas secreto de mi verdadera vida. Has de saber que todos los ejercicios de devoción, que me ves hacer, son una mera apariencia. Sin este devoto artificio mal pudiera emplearme en semejantes officios, particularmente quando se trata de poner en manos de un apasionado amante alguna de aquellas doncellitas, que viven retiradas entre las quatro paredes de su casa, y están baxo la custodia de sus vigilantísimos padres ó parientes. Para lograr, pues, lo que pretende mi compasivo corazon con estos officios, me insinúo en las casas, y en el corazon de sus madres, ó de aquellas que las tienen á su cargo, por medio de una melosa y almivarada virtud, que afecto con el mayor decoro, dandome grandes golpes de pechos, y lanzando tiernos pero profundos suspiros, quando conozco que puedo ser vista ú oida. De esta manera, yo misma las oigo exclamar muchas veces: ¡O qué santa muger! ¡quién fuera como ella! ¡y qué diera yo porque mi hija tuviese siempre á la vista y dentro de casa sus exemplos! Despues de esto buscan ocasiones de hablarme y tratarme; y yo en sus conversaciones correspondo tan bien al buen concepto que han formado de mí, que

que me tienen por la mayor santa del mundo. Si me quieren dar alguna limosna, la reuso generosamente diciendo, que un poco de pan y agua me basta para conservar la vida, y con un trapo viejo tengo lo suficiente para cubrir mis carnes decentemente. De aquí paso á darlas á entender, pero sin el menor ayre de ostentacion, ni de artificio, las abstinencias particulares que practico, las disciplinas y cilicios de que uso, y que yo ningun mérito tengo en observar todas las vigiliias y ayunos de precepto con el último rigor, porque para mí no es penitencia chica ni grande. Todas estas exágeraciones las decia yo con un cierto ayre de sencillez y de desprecio, que parece no debia darse, ni aun por levemente ofendida mi modestia. Quando me pedian que las encomendase al Señor, respondia, que era muy pecadora, para que Dios oyese mis oraciones. Sembrada toda esta paja, tardaba poco en producir algun grano, porque no se pasaban dos ó tres días sin que viniesen á pedirme, suplicarme, instarme é importunarme, para que fuese á sus casas, y venir ellas despues á la mia, donde no podian menos de acabar de edificarse viendola toda alhajada con la mayor pobreza y simplicidad, y adornadas las paredes con varias imágenes de papel, que todas respiraban piedad y devocion. Quando veo ya bien arraigado en su ánimo el concepto de mi virtud, entonces, y no antes, procuro hablar á solas con sus hijas, y poco á poco las voy disponiendo á querer todo lo que quiero yo, ó por mejor de-

sup

cir

cir lo que desean sus amantes, siendo éste para mí un negocio de suma facilidad. Mi primer estudio es descubrir cuál es el flanco de las mozuelas que quiero pescar. Si son sencillas, me sirvo de un medio; si dispiertas y taymadas, de otros; si tímidas y pusilánimes, las aliento; si intrépidas y atrevidas, las voy deteniendo para que no se precipiten: y como las mugeres por lo comun flaquean por la ambicion y por la avaricia, no es creible cuánto poder tenga, para desvanecer todos los respetos y miramientos que las puedan contener, qualquiera regalillo que lisongee alguna de aquellas sus dos pasiones. Lo cierto es, que hasta ahora ninguna ha resistido á mis persuasiones, y puedo contar tantas victorias, como son los combates que he dado para rendir la honestidad de innumerables doncellas. Por lo que toca á vuestra amada, no dudo será lo mismo que las otras: basta que me digais quién es, y dónde habita, como tambien quiénes son sus padres, ó los que cuidan de ella, y lo demás dexadlo de mi cuenta. Asi habló aquella hipócrita y perversa muger al enamorado ciudadano; este resuelto á servirse de qualquiera medio, por detestable que fuese, para contentar su pasion, no se descuidó en informarla inmediatamente de todas las circunstancias que podrian facilitar el logro de la empresa.

Con estas noticias comenzó la diabólica alcahueta á frequentar la calle donde vivia aquella pobre muchacha, no de otra manera que los lo-

TOMO V.

oo

bos

bos andan rondando los rediles de las inocentes ovejas, y se paseaba por ella. Un dia que conoció la miraban, dió una vuelta por la calle, afectando un ayre penitente con la mayor naturalidad. Habíase dado un color pálido y ceniciento, de manera que parecia un vivo retrato de la misma santidad, y quando llegó cerca de la casa, se fingió desmayada, y se dexó caer en tierra. La dueña de casa lo vió, que era la misma de quien el ciudadano estaba enamorado, y llena de compasion acudió á socorrerla; hizo que la metiesen dentro, y á fuerza de espíritus y de quintas esencias, logró que volviese en sí del bien remedado deliquio. Prorrumpió entónces la malvadísima embustera en un profundo suspiro, y levantando los ojos al cielo, exclamó diciendo. Mil gracias os doy, Dios mio, por la piadosa asistencia que esta buena gente, por su grande caridad, ha querido prestar á esta gran pecadora, y vuestra indignísima sierva. Hallábase presente á este paso la muchacha á quien pretendia enganar, y con mucha sencillez la preguntó, ¿quál le parecia que podia haber sido la causa de aquel deliquio? No creo fuese otra, la respondió ella, que la malicia del demonio, el qual se valió de este medio para impedirme que fuese á la Iglesia, como lo acostumbro, á encomendarme á Dios, hacer oracion, y cumplir con otras devociones; pero tú, hija mía, con tu caritativa y misericordiosa atención le has burlado de manera, que no se saldrá con su diabólico intento; porque yo

desde aqui voy derecha á cumplir mi obligacion. Púsose en pie, fingiendo costarla grande trabajo por su extrema debilidad; y quando hizo que se volvía para salir de aquella casa, fingió otro nuevo accidente, lo que puso á todos los concurrentes en mayor y mas apresurada solícitud de socorrerla. Despues que volvió en sí esta segunda vez, no quiso permitir la inocente muchacha que saliese de su casa, y ayudándola dos hombres á subir las escaleras, la obligaron casi por fuerza á que reposáse en una silla poltrona, ya que no fue posible reducirla á que se acostáse en una cama que la habian prevenido, porque decia ella, que no se acomodaba á tanto regalo, pues habia veinte años que solo podia dormir un poco sobre una dura y desnuda tarima. A esto añadió otras mil expresiones de una grandísima resignacion; y en suma nada omitió de todo aquello que la parecia podia contribuir á cautivar el ánimo de la doncella. Creyendo ésta todo quanto la decia, facilmente se persuadió á que era un vivo retrato de la misma santidad, mirándola con tanta veneracion, que la faltaba poco para adorarla. Quando volvió á casa su padre (porque la madre habia muerto), Señor, le dixo, tenemos en casa un gran tesoro: el cielo nos ha enviado para santificarnos á todos, la mejor muger que hay en todo el mundo, porque respira el mas suave olor de una perfectísima vida. Diciendo esto, le conduxo donde estaba la pérfida Leonilde, la qual, si alguna vez puso estudio en parecer lo que no era,

nunca puso tanto como en esta ocasion, quando se halló en presencia de aquel buen hombre á quien pretendia engañar tan horriblemente. A la verdad era un pobre simple, de cortísimo talento, incapáz de discernir entre lo verdadero y aparente, con que luego se dexó embaucar de lo que aparentaba la fingida enferma, y en el mismo punto hizo ánimo á no dexar piedra por mover para conseguir de ella que le hiciese el gran favor de quedarse en su casa, para ayudarle á gobernarla con el título de maestra y directora de su hija. Hízola con efecto la proposicion, y ya ustedes se figurarán el gusto con que la oiria la grandísima embusterá, aunque afectó suma repugnancia en echarse acuestas una carga, que conocia ser muy superior á las pocas fuerzas de sus debilísimos hombros. Así que despues de haberse excusado por algún tiempo, al fin apurándola el padre y la hija, les respondió: aunque me reconozco insuficiente para desempeñar una cosa en que jamás me he exercitado, y de que siempre he procurado estar muy distante, el cielo (cuya voluntad me parece cumplo en esta aceptacion) espero que suplirá con su asistencia todo lo que me falta, particularmente quando solo me resuelvo á dar gusto á ustedes, porque siento no sé qué interior seguridad de que esto ha de ceder en mayor gloria del autor de todo bien.

Establecióse pues desde aquel mismo punto en casa de Leopoldo, que así se llamaba el padre de la doncella, de quien estaba enamorado el ciu-
da-

dadano. Desde los principios se le dió noticia á éste de todos los pasos que se habian dado en su favor, y estaba esperando con impaciencia que se llegase el dia, que en su modo de entender le habia de hacer feliz. Con efecto la perversa Leonilde, habiendo sondeado bien el temperamento y el genio de la doncellita, la halló demasiadamente crédula, y preocupada de ciertas opiniones, que arguían en ella una simplicidad extraordinaria, en virtud de lo qual facilmente la persuadió á que ella tenia el dón de profecía. Sobre este supuesto la contó varias fábulas, de las quales era fecundísimo su ingenio, con lo qual quedó enteramente convencida. Pero nunca estuvo mas segura de salir con su enorme y depravado intento, que un dia en que la doncellita la suplicó que la pronosticase lo que la habia de suceder á ella. Voy, la respondió prontamente, voy á postrarme ante el acatamiento del Señor, y pedirle aquella luz celestial que he menester para contentarte. Postróse efectivamente en tierra con una humildad que inspiraba veneracion, y despues que estuvo mas de una hora en aquella postura, sin mover los ojos, y sin que apenas se la sintiese respirar, levantándose de repente, como si estuviese llena de un espíritu celestial, y poseída de un furor divino. ¡O! ¡y qué cosas tan extraordinarias (exclamó) estoy leyendo en tu persona, escritas con caracteres indelebles por toda la eternidad en los decretos del cielo! Despues comenzó á pronosticarla con una impiedad que cau-

sa verdaderamente horror, como se habia de casar con un ciudadano de su misma patria, cuyo nombre la expresó, y porque de este matrimonio habia de nacer un fruto, que llenaria de honor y de admiracion al mundo por su prodigiosa santidad, el demonio pondria en execucion todas las artes y todo el poder para desvanecerle, si se quisiesen observar en él aquellas formalidades que comunmente se practican y se usan en el país, porque estaba decretado que debia efectuarse con un modo muy particular. Yo sé (añadió) porque así se me ha revelado, que este hombre te ama mucho tiempo ha, y sé tambien que tú te has negado constantemente á todas sus pretensiones. Igualmente sé, que precisamente por el amor á la honestidad, nada se te daba el perder este partido. Pero es menester que no quede defraudado el linage humano de tantos hijos tuyos, é individuos suyos, que á competencia han de sobresalir en la mas elevada perfeccion: es menester que dexes á un lado esos vanos respetos de honestidad, y que ciegamente te entregues á los impulsos de un amor, que ha de ser principio y origen necesario de tanto y tan precioso bien. Estas y otras palabras semejantes, pero aun todavia de mucho mas impío significado, fueron empleadas por la Pseudo-Profetisa, para convencer á la simple y cándida paloma encargada á su custodia. Facilmente se dexó persuadir esta inocente de todo lo que se la habia dicho con toda la eficacia y artificio de aquella abominable muger. La vanidad de

ser

ser madre de una generacion que habia de eternizar la gloria de su nombre, fue el último y mas poderoso empuje que la hizo caer en los brazos de su profano y ciego amante. El teatro de la alevosa disolucion fue la casa de la misma seductora, á la qual iba la hija de Leopoldo siempre que quería, con la bendicion y aun beneplacito de su pobre y simple padre. Pero dentro de pocos meses se manifestaron los efectos de aquellas idas, y con esto se desconcertó mucho Leonilde, la qual tomó luego su resolucion, y ausentándose de Turin, se imaginó libre ya del castigo que ella misma conoció que merecia. Su ausencia dió motivo á Leopoldo para descubrir presto su grandísima desgracia. La hija contó á su padre toda la série de su detestable seduccion; éste acudió á la Justicia, que hizo las mas vivas diligencias para prenderla, logró su intento, y fue conducida á estas cárceles. Viéndose entonces convicta, confesó otros gravísimos delitos de varias fingidas revelaciones, hurtos y traiciones de particular enormidad, y habiéndose hallado á su compañero, imaginado marido, no menos reo que ella, como cómplice en todos sus delitos, ambos fueron condenados á la hoguera, miserable fin que al cabo deben esperar todos los malvados, Don Abél, Don Manrique y yo no pudimos menos de quedar horrorizados despues de haber oido aquella relacion; y contentos de haber sido testigos de un suplicio, que Leonilde tenia tan merecido, proseguimos nuestro viage hácia Italia.